

MÁRIAM MARTÍNEZ-BASCUÑÁN

## La táctica del fuera de juego

Mirar la guerra es exponerse dolorosamente a sus contrastes, a la quiebra entre la bomba que arrasa un hospital de maternidad y los sedudos y solemnes análisis y discursos que construyen la narrativa de lo que sucede. Ese relato nos ofrece algunas certezas: la invasión ha alineado los objetivos estratégicos de 27 Estados, resucitado a la OTAN, cambiado la política exterior alemana y roto el tabú de la Europa geopolítica y de la defensa. Todo eso que se nos repite machaconamente es cierto, pero es interesante comprobar el efecto que produce la guerra en los estados de opinión. Sabemos que la ansiedad y el miedo que provoca degrada nuestra capacidad para evaluar lo que ocurre, adormece el debate sobre muchos temas, activa el marco patriótico y une a la población en torno al líder. Las elecciones francesas son un ejemplo de esto: la mera declaración de la candidatura de Emmanuel Macron lo

dispara casi al 30% en intención de voto, situando a sus adversarios como extras discutiendo en el vacío: las críticas son percibidas como un ataque a la unidad nacional.

En Francia se habla ya de una "campaña escamoteada" o "asimétrica" donde habrá poco debate sobre los temas cruciales que la guerra pone sobre la mesa. Parte de la responsabilidad es de los políticos y analistas que la cuentan, que recurren a eso que Manuel Vázquez Montalbán llamaba "la táctica del fuera de juego": el central emite un silbido para que la defensa se adelante, de forma que los delanteros queden en fuera de juego. Porque, si es verdad que la guerra saca a la luz la dimensión dilemática de la política, la que consiste en sortear contradicciones, ¿por qué hay tan pocas dudas y debate en el ambiente? La llamada a bajar la temperatura de los calentadores, por ejemplo, descuida la justicia social: no todos sufriremos igual la crisis energética en ciernes. De hecho, frente al consenso inicial mostrado por Europa, la introducción de la "cuestión social" por la política ambiental trae de vuelta las viejas divisiones a una UE que, en lo económico, sigue teniendo debilidades de fábrica, aunque muestre unidad para enviar armas a Ucrania. La descarbonización necesitará incentivos para el cambio y medios para que los usuarios mitiguemos lo que se avecina, pero muchos países se resisten a la creación de un fondo común para ello. Ucrania nos muestra la necesidad de librarnos del yugo ruso, tanto ambiental como político, pero la subida de la luz no es una cuestión temporal.

Esta crisis es el anticipo de lo que vendrá. Los populismos azuzarán con falsos dilemas (el precio de la energía frente al derroche del Ministerio de Igualdad), pero liberarnos de la dependencia de los hidrocarburos supone transformar nuestro estilo de vida y nuestra economía. Pocos líderes hablan de ello, pero la solidaridad que debemos activar con Ucrania exige algo más que palabras solemnes, armas y ayuda humanitaria: debemos mirar de frente estos problemas. Y hacerlo sin parpadear.



DEL HAMBRE

LLUÍS BASSETS

## La resurrección de Stalin y Mao

Jamás se habían cruzado expresiones tan cálidas entre Moscú y Pekín, ni siquiera hace 70 años en los años de ortodoxia estalinista compartida. No les une el amor, ni tampoco el espanto, como a muchos ciudadanos de todo el mundo, especialmente a los ucranianos y sus vecinos. Les unen el odio y los intereses. Contra Estados Unidos y contra la democracia liberal, que amenaza con su sola existencia al monopolio autocrático del poder, sea el de los oligarcas rusos surgidos de la KGB, sea del Partido Comunista Chino.

También les unen los métodos. Las trayectorias de Rusia y China empezaron a separarse a la muerte de Stalin en 1953. Mao Zedong, el fundador del régimen, llevó muy mal la denuncia de los crímenes del dictador soviético y del culto a su personalidad y luego la distensión en la Guerra Fría. El movimiento comunista se dividió en dos: los revisionistas prosoviéticos, burócratas y aburguesados, partidarios de la vía pacífica, y los maoístas, puristas del marxismo-leninismo, revolucionarios y violentos, convencidos de que el

poder está en la punta del fusil, como reza el *Libro rojo*.

Richard Nixon aprovechó la grieta. Sin la apertura de China al mundo, promovida por un presidente tan derechista y corrupto, la Guerra Fría habría terminado probablemente más tarde. En el crucial 1989 —matanza de Tiananmén, caída del muro de Berlín— se redoblaron las divergencias. Moscú abordó primero las reformas políticas. Pekín se quedó en la apertura

**A Putin y Xi les unen el odio, los intereses y sobre todo el principio maoísta que sitúa el poder en la punta del fusil**

ra económica. Los rusos ya habían renunciado a resolver a tiros sus diferencias en el interior del partido, método que Mao siguió utilizando; pero Mijail Gorbachov, a diferencia de Deng Xiaoping, renunció a los fusiles, también a la hora de enfrentarse a las revueltas.

Ahora han cambiado las tornas. China es el socio mayor, tranquilo y reflexivo, y Rusia el pequeño, impulsivo y turbulento, her-

manados en el uso de la fuerza, uno para invadir Ucrania y el otro para exhibirla en Xinjiang o Hong Kong, incluso para anexionarse Taiwán algún día.

La rectificación viene de lejos. No empezó con Ucrania, ni siquiera en 2014, con la anexión de Crimea y la secesión del Donbás. Fue Boris Yeltsin el primero en recuperar los fusiles para dirimir los litigios políticos, en la temprana fecha de 1993. Sus tanques dispararon contra el Parlamento desobediente a su orden ilegal de disolución (145 muertos y 800 heridos). Al año siguiente, ordenó la primera invasión de Chechenia (entre 20.000 y 100.000 muertos), precedente de la segunda en 1999, cuando Vladimir Putin se estrenó como jefe de guerra. Son elocuentes sus sucesivas intervenciones militares hasta la actual, pasando por Georgia y Siria. Putin no habría permitido ni la caída del Muro ni el hundimiento de la Unión Soviética. En 1989 habría optado por disparar en Berlín como Deng Xiaoping en Tiananmén. Ahora rectifica la *perestroika* y regresa al estalinismo.

JORDI AMAT

## El 'esquizofascismo' de Adolf Putin

Cómo denominar a los fascistas más peligrosos cuando se oponen a sus enemigos estigmatizándolos como fascistas? Una posibilidad es llamarlos *esquizofascistas*. El concepto no es mío. El historiador Timothy Snyder lo utilizó en su ensayo *El camino hacia la no libertad*, de 2018. Allí lo aplicaba ya a Vladimir Putin. Es una patología ideológica que el poder político ruso propaga entre la mayoría de su población para imponer su tiranía cleptocrática y justificar ahora una guerra cuyo nombre no puede ser pronunciado. Hace años que la operación está en marcha y su pretensión ha sido configurar identidad para destruir capacidad crítica reforzando el orgullo nacional humillado contrapuesto a un fantasmagórico enemigo exterior. Una regresión cultural en toda regla. Empieza por la reescritura de los manuales escolares, pasa por la actividad de intelectuales orgánicos del régimen y llega hasta la práctica exterminación del pluralismo informativo, una dinámica de represión periodística que va del asedio legal (las acusaciones de agentes extranjeros) al encarcelamiento arbitrario (el caso Alexéi Navalni) y hasta el asesinato (no olvidar a Anna Politkovskaya).

La tarde del viernes el *esquizofascismo* se desplegó en Moscú de manera total. Con el pretexto de la conmemoración de la anexión ilegal de Crimea en 2014, el Kremlin organizó un acto de masas en el gran estadio deportivo del complejo olímpico de Loujniki —donde en 2018 se jugó la final del Mundial de fútbol (los rublos, los oligarcas, el fútbol)—. El estadio lo llenaron 80.000 personas y en sus alrededores miles de personas más seguían el desarrollo del espectáculo a través de pantallas gigantes o atentas a las intervenciones en escenarios complementarios; muchos de los asistentes, según periodistas occidentales, acudían obligados. El acto, desde un punto de vista estético, parecía un cruce entre una *performance* ideada por una Leni Riefenstahl *kitsch* y un festival de Eurovisión con exaltación militar. Los encargados de presentar a Putin llevaban cosida en la ropa una Z, el símbolo de apoyo al Ejército invasor. Y en la intervención del presidente —el día después de proclamar "la necesaria y natural autopurificación de la sociedad", como Hitler señalando a los judíos— justificó la guerra como una acción para impedir un genocidio.

Naturalmente, el festival se retransmitió por las televisiones públicas, pero un fallo cortó el discurso de Putin. De repente, los telespectadores vieron en otro escenario del mismo estadio a Oleg Gazmánov, estrella viejuna que tiene prohibida la entrada en varios países que fueron satélites soviéticos y que cantó uno de sus temas estrella:

**Hay una operación en marcha hace años para destruir la capacidad crítica reforzando el orgullo nacional humillado desde el exterior**

*Sdelan v SSSR* ("Nacido en la URSS"). Este *hit* de 2005 es una respuesta hortera al *Born in the USA*, es un canto de nostalgia por las glorias del pasado (incluidas iglesias en ruinas, o trenes, Lenin y Stalin) y es una declaración imperialista que proclama la unidad de todos los países que formaron parte de la Unión Soviética. Los jóvenes con la bandera rusa pintada en los molletes lo coreaban.

El mensaje de la canción es inequívoco: "Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común", para decirlo con una cita del *Mein Kampf*. Es la misma idea del breve tratado histórico, paranoico, Sobre la unidad histórica de rusos y ucranios firmado por Putin. "Nuestro parentesco se ha transmitido de generación en generación. Está en los corazones y la memoria de las personas que viven en la Rusia moderna y Ucrania, en los lazos de sangre que unen a millones de nuestras familias. Juntos siempre hemos sido y seremos muchas veces más fuertes y exitosos. Porque somos un solo pueblo". El verano de 2021 los miembros de las Fuerzas Armadas rusas recibieron el texto. Es un ejemplo perfecto, según Snyder, de historia fascista. Pero la paradoja es que esa narrativa, a través de la desinformación, parece hegemónica, proclama que los fascistas mandan en Ucrania y deben ser exterminados. El padre de un soldado ruso fallecido en combate así lo proclamó en ese acto: "Debemos terminar lo que comenzamos y liberar nuestra tierra del fascismo". Es la mentira *esquizofascista* de Adolf Putin.